

**ANTONIO  
SCURATI**

**FASCISMO Y  
POPULISMO**

EN **DEBATE**

**ANTONIO  
SCURATI**

---

**FASCISMO Y  
POPULISMO**

Mussolini hoy

traducción de  
Carlos Gumpert

EN **DEBATE**

Este texto tiene su origen en el discurso que pronuncié en los Rencontres Internationales de Genève, que se celebran cada año desde 1946, cuando –nada más acabar la guerra– un grupo de escritores e intelectuales consideraron necesario retomar el diálogo cultural entre las naciones con el fin de mantener la paz. Mi intervención tuvo lugar el jueves 29 de septiembre de 2022, pocos días después de las elecciones políticas italianas. A pesar de haberlo reelaborado y ampliado, he decidido conservar aquí el tono de oración civil y la filigrana de conmoción que caracterizan el texto, entre otras cosas por el momento histórico en que fue concebido y pronunciado.

**I**

**FASCISMO**

Llega un momento en que ya no resulta lícito ocultarse. Quien quiera contar la Historia –la que se escribe con mayúscula, la trayectoria colectiva de los pueblos a lo largo del tiempo, ese tiempo que solo adquiere la condición de humano al encajar en un relato– debe reconocerse como parte de ella. Cualquiera que aspire a este tipo de narración debe declararse culpable.

¿Culpable de qué? De ser uno entre muchos. De ser como todos los demás. Y, como todos, de estar involucrado, implicado, de ser partícipe. De no poder –como nos enseñó el poeta– distinguir al danzador de la danza. De no poder ni querer hacerlo. Haber perdido la noción de la Historia es la causa de uno de los grandes menoscabos espirituales de nuestra época, una época privilegiada en muchos otros aspectos.

A partir de la Revolución francesa se han sucedido diez generaciones de mujeres y hombres que vivieron en el horizonte de la Historia, un horizonte inmenso, terrible y prometedor. Durante dos siglos, hombres y mujeres pudieron levantar la vista hacia esa línea distante y percibir su propia y diminuta existencia individual como parte de un relato más vasto, de una narración tumultuosa, frenética por momentos, sangrienta a menudo, capaz, sin embargo, de conferirles un sentido y una dirección. De noche, como una estrella polar, la Historia brillaba luminosa en el cielo que habita eterno sobre nuestros afanes.

A partir de la Revolución francesa, durante dos siglos, diez generaciones apelaron al futuro para obtener justicia: ante el tribunal de la Historia, milenios de espaldas rotas y de sufrimientos sin nombre encontrarían por fin su redención. Su redención y su resarcimiento. Incluso su venganza. Diez generaciones de madres y padres creyeron con fe magnánima que la vida de sus hijos sería mejor que la de ellos y que la existencia de sus nietos sería mejor que la de sus hijos. Y se mostraron dispuestos a luchar por ello, a morir, e incluso a matar. He aquí la promesa de la Historia, la promesa que se promete a sí misma: el futuro nos espera, el futuro nos pertenece. El futuro es uno de nosotros. He aquí el compromiso de la Historia: la historia nunca se escribe de una vez por todas, la historia es siempre una lucha por la historia. La historia somos nosotros.

Luego, sin embargo, ese horizonte se desvaneció, la estrella de la redención se apagó. En una triste tarde de fin de siglo y milenio, en una habitación bien amueblada y mal iluminada por la pantalla azulada de un televisor sintonizado en un canal muerto, dejamos de creer en la Historia. De repente, nuestras existencias como occidentales quedaron restringidas, cada una de ellas se convirtió en un asunto privado, en una soledad planetaria. Empezamos a medir cada experiencia con la vara corta del presente, una vara en la que los grandes escenarios de la existencia individual y colectiva no tienen cabida. Perdimos la capacidad de sentirnos recorridos por un tiempo grande, que viene de lejos y apunta lejos; nos volvimos sordos a la voz que, en momentos de desesperación, nos animaba susurrando: «ten valor, adelante, no eres el primero, no eres el último, no estás solo; a tu lado marchan legiones de seres humanos

que vivieron y murieron antes de que tú nacieras, y a tu lado marcha una multitud aún más numerosa, la de las mujeres y los hombres que todavía no han nacido».

Sin embargo, para aquellos que, como yo, quieren redescubrir esa noción perdida de la historia, no resulta lícito esconderse. El novelista que desee ir en busca de un tiempo lejano de «hermanos que ya no existen», debe reconocer que, como nos enseñó Enzensberger, para los pueblos la única historia que cuenta es la que se transmite como saga, como epopeya, como relato colectivo a partir de un susurro de voces anónimas en un haz de versiones libres que resultan apasionantes porque son todas apasionadas, que nos involucran porque están todas involucradas, que nos conmueven porque están todas conmovidas.

Por tal razón, esta tarde he decidido no ocultarme, es decir, no ocultarme ante todo a mí mismo el hecho de que la invitación a esta prestigiosa serie de conferencias sobre la paz –que se celebran desde 1946– posee para mí un significado histórico y también un profundo valor existencial.

El significado histórico remite inevitablemente al hecho de que en mi país, Italia, país desde el que he llegado hasta aquí esta mañana en tren, atravesando estos magníficos paisajes alpinos, en ese país que se encuentra al otro lado de las montañas que nos separan pero que no nos dividen, mis conciudadanos –no todos, una mayoría relativa pero consistente– expresaron hace unos días su deseo de que quien gobierne Italia sea un partido de extrema derecha, cuyos máximos exponentes tienen una historia personal, biográfica y política que proviene del neofascismo.

Sabemos, entre otras cosas por experiencia propia, que la Historia es tal precisamente por ser un devenir y, por lo tanto, deja atrás algunas cosas, algunas opiniones, algunas ideas, y encuentra y se topa con otras nuevas, las transforma, a veces las niega o las olvida, pero lo que no consiente es poder rebobinar la cinta. Tener una historia no significa necesariamente tener un destino, pues ese pasado no decide irreparablemente tu futuro; sin embargo, el pasado es algo indeleble. «No se puede devolver el billete de entrada a la vida», decía un gran pensador; no puede uno borrar su propia historia, acarrea con ella. Esto abre para mí –y creo que debería abrirlo para todos los italianos, y de hecho no solo para ellos– un momento de reflexión seria, profunda, sentida y peligrosa.

Quien se disponga a gobernar un país con un pasado de militancia política neofascista se enfrenta a una encrucijada. O bien desenreda definitivamente –mediante un discurso público, transparente y decisivo– los nudos que lo atan a ese pasado oscuro, o bien se dispone a revisar toda la historia de Italia intentando cambiar de signo ese pasado, para arrojar sobre él una supuesta luz nueva que niegue y rechace sus tinieblas. Dado que el debate público destinado a desatar los nudos, a elaborar en la conciencia colectiva el oscuro pasado fascista y neofascista, no se ha producido en absoluto, es fácil predecir que se tomará el segundo camino, el del revisionismo sesgado y odioso.

En esta coyuntura histórica se sitúa mi reflexión. En cambio, lo que enmarca existencialmente mis palabras es el hecho de que he dedicado los últimos años de mi investigación literaria, que se prolonga ya una década, a estudiar y narrar el periodo fascista a través de la forma de la novela. Empecé con *Il tempo migliore della*

*nostra vita* [«La mejor época de nuestra vida»], una novela biográfica dedicada a Leone Ginzburg, el gran intelectual –el gran héroe intelectual, me atrevería a decir– que consagró su existencia a la lucha contra el fascismo y acabó pagando con la vida su insobornable antifascismo. Creo que la génesis de ese libro dice algo sobre una historia generacional, no solo relacionada con mi trayectoria intelectual personal. Nacido a finales de los años sesenta, pertenezco, de hecho, a la última generación de jóvenes del siglo pasado. En otras palabras, los últimos que vivieron plenamente su juventud en el ambiente social y cultural del siglo pasado. Y también los últimos, por lo tanto, en recibir su formación intelectual, ética y política en el seno del antifascismo del siglo xx . Así pues, no fue casualidad que planeara escribir algún día una novela sobre los partisanos, desde que, siendo un crío, fantaseaba con convertirme en escritor. Por más que, muchos años después, decidiera dedicar todas mis energías a un ciclo novelesco centrado en Benito Mussolini, mis aspiraciones literarias coincidieron, desde el principio, con el deseo de contar la historia de los antifascistas, y no, desde luego, la de los fascistas. Formado en la cultura antifascista de finales del siglo xx , centrada en el «mito de la resistencia», es decir, en el relato de la Resistencia al nazifascismo como narración fundacional de nuestra democracia, nunca he experimentado fascinación alguna –ni siquiera en un sentido puramente intelectual o artístico por la figura del Duce del fascismo. Todo lo contrario: perfectamente alineado con la narrativa hegemónica de la posguerra tardía, que prescribía que el fascismo se contara desde el punto de vista de sus víctimas, aspiraba a sumar también mi propia contribución a esa literatura de la Resistencia que tanto me

inspiraba. Nunca imaginé, entonces, que me haría célebre como autor de una novela sobre Mussolini.

Y, de hecho, llegué a la novela sobre Mussolini a través de la novela sobre Leone Ginzburg. No podría haber sido de otra manera. Para mí, «el último muchacho del siglo pasado», y para toda la cultura de la segunda mitad del siglo xx de la que soy hijo, solo era posible llegar a reflexionar sobre el perseguidor tras haberme detenido extensamente en los perseguidos, o sobre el perpetrador de la violencia solo tras haber tenido en consideración a su víctima; solo era posible llegar a entender el fascismo a través del antifascismo.

Fue por estas razones por las que antes de *M* –de hecho, cuando *M* ni siquiera era concebible– escribí *Il tempo migliore della nostra vita* . Al planear esa novela sobre Ginzburg, decidí arbitrariamente – si bien honestamente, o al menos eso espero– emparejar la vida de ese hombre extraordinario con la vida de personas normales y corrientes que fueran sus contemporáneos o incluso sus coetáneos. Hombres y mujeres «comunes» que vivieron los mismos años épicos y terribles, bajo la misma dictadura, abocados a las mismas decisiones. Hombres y mujeres corrientes, pero no personas cualesquiera.

Las vidas de las personas corrientes que pensé que debía emparejar, en mi historia, con la del personaje histórico eran, en efecto, las vidas de mis abuelos paternos y maternos. Iba en busca del terreno común sobre el cual surgen tanto las existencias excepcionales como las normales; intentaba también, a mi manera, tender un puente entre mi generación de vacuos hedonistas y la trágica y formidable generación de nuestros abuelos; trataba de

plantearme la única pregunta que en mi opinión importa realmente cuando nos elevamos a meditar sobre la historia, observando desde las hondonadas del presente las trayectorias de hombres y mujeres que tuvieron el destino de vivir épocas trágicas y gloriosas: ¿dónde me sitúo yo en esa corriente?

Me pareció entonces que podía responder con una obviedad desconcertante: ¡pero si yo estuve allí! Estuve allí porque estaba mi abuelo, cuyo nombre llevo, ese tornero de la fábrica de Alfa Romeo de Milán Portello que tenía unas manos enormes y sabias y una severa discreción rayana casi en el mutismo, ese hombre tan diferente a mí que probablemente hoy ni siquiera se tomaría un café conmigo y del que, sin embargo, desciendo.

En definitiva, solo después de haber escrito la novela de la Resistencia, que había anhelado desde niño, pude llegar a la novela sobre el fascismo; es más, si ello ocurrió fue precisamente pasando a través de este.

Recuerdo con exactitud el momento en que concebí el proyecto literario que luego se convirtió en *M*. Todavía estaba documentándome para contar la vida de Leone Ginzburg en forma de novela de no ficción. Fue entonces cuando, viendo una de esas famosas grabaciones en las que Mussolini habla a las «multitudes oceánicas» desde el balcón del Palacio Venecia –secuencias de imágenes cristalizadas por una memoria adormecida que hemos visto demasiadas veces y, tal vez, precisamente por eso, hemos dejado de ver–, creí tener una intuición. «¡Eso nunca lo ha contado nadie!», me dije a mí mismo con una mezcla de emoción y consternación.

No me había vuelto loco (al menos no del todo). Existían –era perfectamente consciente de ello– bibliotecas enteras de estudios históricos, ensayos y memoriales sobre Mussolini y el fascismo, y sin embargo, ningún escritor de las generaciones posteriores a los acontecimientos lo había contado nunca sirviéndose de la forma popular y eminentemente democrática de la novela. Además, nadie lo había contado nunca desde dentro. Así fue como, después de la novela sobre Ginzburg y mis abuelos, decidí dedicar varios años de estudio y escritura a ese proyecto que pretendía narrar todo el curso de la historia fascista a través de los propios fascistas y, en primer lugar, a través del «jefe», como ellos lo llamaban: Benito Mussolini.

Contar el fascismo a través de los fascistas –lo digo pensando en los más jóvenes– no significa en absoluto adherirse a la ideología fascista, sino que, por el contrario, ha significado para mí intentar impulsar a los lectores italianos, y no solo a estos, a ajustar cuentas de una vez con el fascismo. Ese ajuste de cuentas, de hecho, en mi opinión (y no solo en la mía), a pesar de que hayan transcurrido cien años desde su advenimiento y setenta desde su caída, nunca se había hecho. Aquí nos topamos con un aspecto crucial y controvertido, en el que la génesis de *M* se interseca con la historia cultural y política de la Italia de la posguerra tardía, un larguísimo periodo de posguerra que, en ciertos aspectos, hoy todavía perdura.

Hace un momento he mencionado mi juventud como aspirante a escritor modelada por el antifascismo del siglo xx . Pues bien, precisamente en los años en los que me acercaba a la vida adulta, recibía mi formación intelectual y cultivaba mis aspiraciones literarias, justo entonces, una historia que a lo largo de cinco décadas había identificado democracia y antifascismo, que había

cimentado, de hecho, la democracia italiana y europea en un antifascismo militante que culminó en la Resistencia, mostraba sus primeros signos de declive. Ello se produjo, más o menos, con el cambio de siglo y de milenio. A partir de ese momento, en efecto, la cultura antifascista heredada de nuestros padres y abuelos –esa visión del mundo, de la sociedad y de la historia en que, conviene no olvidarlo, se basan nuestra Constitución, nuestra república y nuestra democracia, o lo que es lo mismo, nuestra civilización– empezó a perder terreno y luego decayó rápidamente. Los signos de esa decadencia no tardaron en ser numerosos y visibles: los periódicos generalistas dieron voz a polémicas historiográficas revisionistas, grupos declaradamente neofascistas salieron a la luz haciendo proselitismo en las escuelas, líderes políticos de una autodenominada derecha liberal en busca de nuevos consensos pronunciaban en público frases de Mussolini que hasta pocos años antes le habrían hecho perder muchos apoyos. Lenta, casi inadvertidamente, se iba cruzando un umbral que hizo época en la historia de la conciencia nacional. El sentimiento democrático de nuestros padres y nuestras madres, formado en la lucha antifascista de nuestras abuelas y nuestros abuelos, y cimentado en ella, estaba derrumbándose. Daba comienzo entonces, no por casualidad, el irresistible ascenso de movimientos, partidos y líderes que más tarde aprenderíamos a definir como populistas.

La posibilidad misma de concebir una novela cuyo protagonista fuera Benito Mussolini surgió como consecuencia de ese derrumbe. Antes de eso, mientras estuvo en vigor la premisa antifascista y la correspondiente exigencia de contar el fascismo desde el punto de vista de sus víctimas, una novela de ese tipo habría sido impensable.

No es casualidad que a nadie se le hubiera ocurrido. Justo entonces, sin embargo, se hacía posible y, por lo tanto, en mi opinión, necesaria. Las mismas razones históricas que estaban erosionando los cimientos de la democracia basada en el antifascismo militante exigían buscar nuevas formas de narración democrática capaces de heredar el legado de la segunda mitad del siglo xx , superando, si fuera posible, sus contradicciones. Esas mismas contradicciones que habían impedido a los italianos ajustar del todo las cuentas con el pasado fascista, como sugerían los regurgitos de principios de milenio.

En el léxico de la lengua alemana existe una palabra compuesta, acuñada específicamente para describir el largo proceso de reflexión crítica llevado a cabo por los germanos de posguerra sobre los terribles pecados del nazismo y, en parte, también la lenta y fatigosa emancipación del sentimiento de culpa por sus crímenes. El término es *Vergangenheitsbewältigung* , que puede traducirse literalmente como «superación del pasado».

No existe una locución análoga en la lengua italiana. La causa, a mi parecer, es que ese proceso de superación del pasado, aunque iniciado, nunca llegó a completarse. Como siempre en estos casos, las razones son numerosas y características de nuestra historia política. Cuando concebí el proyecto de *M* me pareció que debía incluirse entre ellas también una consecuencia secundaria no deseada del «mito de la Resistencia», una especie de efecto colateral. Darse cuenta del propio y nefasto pasado presupone, en efecto, una asunción preliminar y radical de responsabilidad. Para poder asomarnos al fondo del abismo, es necesario ver el abismo dentro de nosotros. Si ello no sucedió en la conciencia colectiva del

pueblo italiano, además de a numerosas otras causas que deben buscarse en la historia política de nuestra posguerra, también se debe al relato del fascismo que ha seguido siendo hegemónico hasta años recientes. La prescripción –casi un *diktat* cultural– de contar el fascismo a través del antifascismo y, por lo tanto, la tendencia de una población en su conjunto a identificarse con la posición simbólica de la víctima, ha dificultado la asunción de una responsabilidad narrativa indispensable para ajustar cuentas con el pasado. Para que esto sucediera habría sido esencial partir del supuesto de que nosotros, los italianos, habíamos sido fascistas, de que el fascismo había sido una invención de nuestro pueblo, de que el fascismo había sido y seguiría siéndolo, no una desviación del curso regular de nuestra historia contemporánea, sino el momento central de ella. En el caso de que esta revolución narrativa no se produjera, el fascismo seguiría constituyendo la gran cuestión reprimida de la conciencia nacional y, como en una historia de fantasmas, continuaría infestando nuestra casa común.

Eso es lo que pensé cuando concebí el proyecto de *M*, eso es lo que sigo pensando hoy. Y, si no me equivoco, las recientes noticias políticas me están dando, lamentablemente, la razón.

+++

Por lo tanto, no les oculto a ustedes, y sobre todo no me lo oculto a mí mismo, que el hecho de encontrarme aquí abordando este tema en un momento en que la mayoría de mis conciudadanos ha elegido un gobierno de derechas, muchos de cuyos miembros provienen del neofascismo, no me deja en absoluto indiferente, y tampoco me

permite ser neutral (no podría serlo aunque quisiera, dado que en Italia soy objeto de ataques personales, zafios, insultantes y violentos por parte de la prensa de derechas). Lo que he dicho y lo que me dispongo a decir no pretende, por lo tanto, ser neutral, distante, impersonal, no aspira a hablar en nombre de un supuesto «tercer polo del conocimiento» (suponiendo que exista algo así en el contexto del discurso cultural). No. No. Tres veces no. Mis palabras presuponen, por el contrario, mi propia participación biográfica, existencial e incluso histórica en lo que digo. Me siento personalmente involucrado en lo que les cuento. Lo declaro, lo proclamo y lo reivindico.

En los últimos años me han planteado a menudo –una de esas peticiones periodísticas un tanto imposibles– que resumiera con una palabra el fascismo en conjunto. Se trata de un desafío imposible: podría decir «violencia», pero luego habría que especificar qué tipo de violencia y, aun así, muchas otras características esenciales quedarían excluidas. Hace casi treinta años, en una célebre conferencia, Umberto Eco sostenía que la difusión y la influencia del fascismo italiano en el mundo y a lo largo del tiempo cabía atribuirlos al hecho de «no poseer quintaesencia alguna, ni siquiera una sola esencia», característica que lo había convertido, según él, en un «totalitarismo *fuzzy* », es decir, un todo borroso, de contornos imprecisos; un juego que podía, por lo tanto, «jugarse de muchas maneras», incluso diferentes entre sí, y que presentaba en su propio seno numerosas incongruencias, confusiones y contradicciones. Esta peculiaridad del fascismo hacía posible, según Eco, señalar una lista de características, no susceptibles de ser «regimentadas en un sistema», propias de lo que definió como «Urfascismo» o «fascismo

eterno». Bastaría con que una de ellas estuviera presente para «coagular una nebulosa fascista».

Pues bien, lo que me gustaría intentar, junto con ustedes, es echar una mirada dentro de esta forma singular de «eternidad» generada por la historia y para la historia que, en mi opinión, sería más apropiado entender como la herencia del fascismo histórico en el presente histórico. De hecho, es en relación con el escenario político actual como me dispongo a elaborar mi lista de características duraderas o recurrentes del fascismo italiano en los años veinte y treinta del siglo xx , convencido de que la «superstición fascista» (es decir, la supervivencia de creencias y prácticas de un tiempo lejano) vuelve a protagonizar la historia contemporánea de Italia y Europa, esa historia que proviene del fascismo como acontecimiento central.

Antes de abordar esta tentativa, es necesario plantear una última premisa. Nunca me he contado entre ese grupo de intelectuales, artistas, activistas políticos que en los últimos años han dado la voz de alarma sobre un supuesto retorno del fascismo, cuando esa alarma ha señalado un peligro para la supervivencia de la democracia debido a un hipotético regreso de los fascistas declarados. En Italia, como en muchos otros estados europeos y americanos, existe una galaxia de asociaciones, grupos y movimientos abiertamente neofascistas y neonazis (ahora, por desgracia, quienes se declaran neofascistas casi siempre son también abiertamente neonazis, porque el neofascismo de los últimos años y décadas adopta casi siempre un sesgo neonazi). Son, para entendernos, personas que celebran el cumpleaños de Hitler. Se trata de una galaxia semisumergida y bastante extensa; es compleja y articulada, no particularmente numerosa, pero tampoco

marginal y residual por entero. Es una galaxia que, en Italia, en los últimos años, especialmente en las elecciones políticas de 2018, ha formado en algunos de sus extremos una alianza probada con algunos partidos gubernamentales.

A pesar de que los miembros de esta galaxia cometan a menudo actos violentos –de violencia física, no solo verbal– nunca he creído, y aún hoy sigo sin creerlo, que el verdadero peligro para la democracia provenga de ellos, es decir, del regreso, para entendernos, de los camisas negras, de quienes se declaran abiertamente fascistas del siglo XXI, de los que andan con la cabeza rapada y hacen el saludo romano, de los que agreden y apalean. Se trata de fenómenos obviamente nefandos que han de ser tratados como lo exige la ley. A mi parecer, estos militantes extremistas y violentos no representan, como a ellos les gusta pensar, una vanguardia. No marchan al frente de procesos históricos que avanzan hacia un futuro próximo. Son, por el contrario, todavía y siempre, una retaguardia. Una ruidosa, violenta, eterna retaguardia.

Personalmente, creo más bien que ese desafío a la democracia no amenaza hoy la supervivencia de esta, es decir, no entraña un peligro existencial. Nunca creí que el centenario de la Marcha sobre Roma, que se produjo el 28 de octubre de 2022, pudiera presagiar el riesgo de un segundo asesinato de nuestra democracia, de su supresión. La comparación entre la conquista del poder por Benito Mussolini cien años antes y la victoria electoral del partido Hermanos de Italia, presentada por algunos como una «segunda Marcha sobre Roma», siempre me ha parecido sugerente pero infundada. Dado que, en mi opinión, el fascismo de principios del siglo XX fue un fenómeno eminentemente histórico, es decir, un movimiento político

*de la* historia en la doble acepción subjetiva y objetiva del genitivo – es decir, un producto de la historia y, al mismo tiempo, un momento de abrupto cambio en la historia– no es susceptible de repetirse bajo la misma forma.

+++

Sin embargo, desde hace algunos años vengo observando, junto con muchos otros, incluso bastante antes de que los avatares de la política italiana llevaran a un partido posfascista a gobernar el país, cómo ha ido delineándose en el horizonte de nuestro presente un nuevo peligro para la calidad de la democracia. Que quede claro: se trata de una amenaza a la calidad de la vida democrática, no a su supervivencia. Un peligro que proviene de esa vasta zona de partidos y movimientos de masas, es decir, con seguidores muy numerosos, no minoritarios y a veces incluso mayoritarios, que convencionalmente llamamos «populistas» y «soberanistas». Y es en este punto, creo, donde sí puede identificarse la línea de descendencia entre el fascismo histórico y la política actual. No se trata en absoluto de una línea directa, sino más bien de una línea tortuosa, de flujo kárstico, que avanza sumergida durante décadas para luego reemerger, de un linaje en muchos casos ilegítimo en cuanto no autoriza el reconocimiento cierto y explícito de Mussolini como padre.

Esta es mi tesis: los movimientos, los partidos y sobre todo los dirigentes políticos que hoy cuestionan la democracia en la forma en que la hemos conocido hasta ahora, es decir, la democracia plena, la democracia parlamentaria liberal, teorizando o practicando fórmulas

íntimamente contradictorias como la de la «democracia autoritaria», ya sean italianos, españoles, franceses, alemanes, brasileños o estadounidenses, no descienden del Mussolini fascista. Descienden, en cambio, del Mussolini populista.

Existe, de hecho, una segunda tesis, correlacionada con la primera: Mussolini no solo fue el inventor del fascismo, el fundador de los Fascios de Combate y del Partido Nacional Fascista; también fue el creador de esa praxis, de esa forma de comunicación y de ese liderazgo político que hoy llamamos populismo soberanista.

Eso significa que la descendencia del Mussolini populista no tiene por qué ser necesariamente una descendencia consciente, biográfica, es decir, escrita en la vida política de estos líderes, declarada o reivindicada, sino que puede ser asimismo una descendencia indirecta e inconsciente. En algunos casos se trata de una forma paradójica de sucesión que retrocede en el tiempo, configurando una filiación por ascendencia. Se trata, en todo caso, de un parentesco que, si analizamos las formas de praxis política implementadas por los líderes de los movimientos populistas y soberanistas actuales, encontraremos claramente legible, negro sobre blanco, en sus pensamientos, palabras, acciones y omisiones.

+++

Para ilustrar mi tesis quiero partir de dos anécdotas.

La primera se remonta al 10 de noviembre de 1918. Hace pocos días que ha terminado la Primera Guerra Mundial, ese apocalipsis que arrastró consigo al fango y a la sangre a toda la civilización europea. Un trauma colectivo bien descrito por el gran poeta francés

Paul Valéry cuando, tras el conflicto, escribió: «Hoy las civilizaciones saben que son mortales».

Pues bien, la carnicería ha terminado, Italia, después de haber pagado un coste altísimo en términos de vidas humanas, se cuenta entre los países victoriosos, y en Milán, la ciudad laboratorio político del nuevo siglo, el pensamiento de la gente evoca los Cinco Días. Se conoce con el nombre de los Cinco Días la insurrección de la población milanesa en 1848 contra el invasor austriaco, una de las fuentes de ese proceso de despertar que conduciría a la unificación de Italia, es decir, al nacimiento de la nación italiana; cinco días gloriosos en que personas de todas las clases sociales, apenas armadas, se rebelaron casi espontáneamente, levantaron barricadas por las calles de la ciudad, diseminando en el exterior, en el espacio público, buena parte de los bienes que habían servido y embellecido hasta el día anterior los espacios privados (mobiliario, maquinaria, objetos de decoración) y, con la única fuerza de una magnánima desesperación, derrotaron en su propio terreno a una guarnición del ejército más poderoso y temido de la época.

En aquel noviembre de setenta años después, al final de una nueva y monstruosa guerra contra los austriacos –que la propaganda había presentado como el capítulo final de la Unificación italiana–, en Milán, en torno al monumento de los Cinco Días, se recuerda la chispa inicial, el heroísmo que diera origen a la nación. En ese contexto, un todavía joven político y periodista de armas tomar, que, hasta antes de la guerra, había sido uno de los dirigentes más apreciados del ala radical del Partido Socialista Revolucionario Italiano y más tarde había sido expulsado con ignominia de este, precisamente por haber abandonado las

posiciones pacifistas de la Internacional Socialista para unirse a las filas de los partidarios de intervenir en la guerra, ha salido a las calles junto a los milaneses. Este joven dirigente político que va en busca de un nuevo camino hacia el poder, de un nuevo pueblo después de que el pueblo socialista lo haya repudiado, trastocando el amor inicial por un odio feroz, se llama Benito Mussolini. Benito Mussolini es, en ese momento, un vagabundo en busca de un nuevo hogar, un actor en busca de un público, un aventurero con toda su flota quemada a sus espaldas y frente a él un muro de odio alzado por sus antiguos camaradas socialistas. Lo acompaña la amarga conciencia de la imposibilidad de volver atrás y, al mismo tiempo, la excitante sensación de vivir una época tumultuosa –de crepúsculo y amanecer al mismo tiempo– en la que todo, literalmente todo, es posible. Años formidables, en los que «un día sales de la cárcel y al día siguiente eres primer ministro». Pues bien, junto al monumento que conmemora los Cinco Días a través de la personificación de sus momentos más heroicos, Mussolini tiene una de sus muchas –hay que reconocerlo– intuiciones deslumbrantes. ¿Qué hace? De repente, se sube al camión de los Osados.

¿Quiénes son estos Osados? ¿Y qué significa el gesto de sentarse junto a ellos en ese vehículo de guerra? Los Osados eran tropas de asalto, cuerpos especiales del ejército italiano a los que, en los años de la Primera Guerra Mundial, la propaganda patriótica había exaltado como auténticos héroes. Eran al mismo tiempo una élite guerrera y la escoria del ejército. Reclutados a menudo entre las filas de los delincuentes comunes, a quienes se les ofrecía la alternativa entre el alistamiento y la cárcel, no llevaban una vida normal en las trincheras junto con las tropas, no conocían la experiencia

aniquiladora y aterradora de amaneceres y de noches interminables en el sanguinolento barro de primera línea, en un paisaje humano y físico desertizado por años de asaltos y bombardeos, una *waste land* poblada por una humanidad alienada, un páramo sembrado de cráteres lunares. A ellos les estaba concedido vivir la «buena vida de la retaguardia» (mujeres de la calle, borracheras hasta caer redondos, parrandas furibundas) a condición de que se hallaran preparados cuando aparecieran los camiones descubiertos que iban a recogerlos para conducirlos a temerarias acciones de comando, a menudo suicidas. De hecho, si se glorificaba a los Osados era precisamente por esas presuntas virtudes guerreras que negaban en su esencia las características del buen soldado. Se había construido, en efecto, un auténtico mito del «osadismo».

Baste pensar que, a más de un siglo de distancia, todavía se utilizan en la lengua italiana modismos que se hacen eco del mito de los Osados, incluso aunque quienes las usen no sean conscientes de ello. Por ejemplo, cuando alguien pretende proclamar que va a actuar de forma decidida y aguerrida, se dice entre nosotros que lleva «un cuchillo entre los dientes»: «Iré a hacer el examen con un cuchillo entre los dientes»; «Marcaré al delantero centro contrario con un cuchillo entre los dientes». ¿Por qué se dice así? Porque en la retórica iconográfica al Osado se le representaba como quien se lanzaba contra la posición enemiga con la camisa abierta sobre el pecho —es decir, contraviniendo las normas de vestimenta militar—, con una granada arrojadiza en una mano, una pistola en la otra y el cuchillo —«arma latina por excelencia» como diría Mussolini— entre los dientes.

Aquella tarde de noviembre de 1918, el mito del osadismo se encontraba, sin embargo, en su fase crepuscular. Durante la guerra, la propaganda nacionalista había vitoreado y exaltado como héroes a los Osados; pero, una vez alcanzada la paz, quedaron marginados, e incluso se los sometió a una forma de licencia humillante, obligándolos a marchar a lo largo de semanas bajo la lluvia antes de ser desmantelados, precisamente a ellos, a quienes nunca se les había pedido que excavarán trincheras, ni que desfilaran, ni que se sometieran a la dura y obtusa disciplina militar; en definitiva, se les despidió sin celebración alguna, sin rito honorífico alguno, casi a escondidas. Expulsados como se despide a una sirvienta infiel, dirá Mussolini.

¿Por qué ocurrió eso? Porque eran profesionales de la violencia, no siempre pero sí muchas veces eran delincuentes comunes a quienes, como se ha dicho, se les daba a elegir entre ir a la cárcel o sumarse a las fuerzas de asalto; porque, si a los hombres se les adiestra para vivir de la violencia, luego resulta difícil reintegrarlos en la pacífica vida civil. Por eso se los deja de lado, se los esconde e incluso se los humilla. A la patria ya no le hacen falta sus granadas de mano, sus pistoletazos a quemarropa, sus cuchillos entre los dientes. Y casi se avergüenza de ellos.

Pero Benito Mussolini no tiene pueblo, va en busca de un nuevo público, de un nuevo camino hacia el poder. Los Osados se encuentran en el monumento a los Cinco Días en uno de esos camiones descubiertos en los que los llevaban al frente a la hora de asaltar posiciones enemigas, enarbolando sus lúgubres banderas, banderas negras, con sus hórridos emblemas, una calavera que muerde un puñal. Y de repente, la intuición: esos profesionales de la

guerra a los que ya nadie quiere porque ahora reina la paz, degradados de repente de la condición de héroes a la de réprobos, esos hombres violentos aparentemente irreductibles a toda disciplina ordenada, son en realidad perros de la guerra en busca de un amo. Y, por encima de todo –esa es la parte más innovadora y previsor, por desgracia, de la intuición de Mussolini–, el pueblo en cuya busca va el futuro Duce puede y debe ser un ejército. Un ejército político, personal y privado. Una milicia en la que el militante y el militar coinciden plenamente. Una máquina de guerra en tiempos de paz, dedicada no a preservar la segunda, sino a prolongar la primera llevando las trincheras a las calles de la ciudad. Y, de esa manera, Benito Mussolini llama a su lado a esos perrazos, se sube a su camión, se sube física, no solo metafóricamente.

¿Qué pasa después? La siguiente escena –perdónenme el gesto de novelista– tiene lugar en una taberna. Taberna, grandes tragos de vino, cantos, coros militares, ritos de camaradería, gestos de lealtad viriles, las manos en los hombros, las manos en las manos, juramentos de los Osados que prometen fidelidad a Mussolini (tengamos presente que Mussolini era un personaje muy conocido, era un célebre tribuno, digamos pues que era famoso). Y Mussolini, que más tarde traicionaría sistemáticamente todo y a todos, empezando por sí mismo, se proclama fiel de por vida a esos guerreros ya sin propósito e insiste en defenderlos desde su periódico –era dueño de un periódico, *Il Popolo d'Italia*, sobre el que volveremos–, desde su plataforma personal, reprobando el trato poco generoso e ignominioso que el Estado italiano, su ingrata patria, les ha reservado. Una polémica periodística que, al mismo tiempo, alimentará y aprovechará el sentimiento de decepción y

traición enormemente extendido entre los veteranos italianos – antiguos soldados de un ejército victorioso que, sin embargo, se sienten derrotados– resumido magistralmente por la imagen de la «victoria mutilada», genial invención lingüística debida a Gabriele D’Annunzio, con quien no por casualidad se contendrá ferozmente Mussolini el papel de líder de los inadaptados.

Nos hallamos, pues, en presencia de una de las raíces del fascismo, la más canónica: el vínculo original entre fascismo y violencia política sistemática, ostentada y homicida. Estos profesionales de la guerra, espoleados por el olor a sangre como perros de caza, incapaces de reinsertarse en la vida pacífica, en la vida civil, que a esas alturas solo saben vivir de la violencia y para la violencia, se convertirán, en efecto, en el primer núcleo de las escuadras fascistas.

Para comprender la importancia que se otorgó a los Osados en la fundación del movimiento fascista, baste pensar que la leyenda de los orígenes llegó a bautizar la sede milanesa de la Asociación de los Osados con el numinoso nombre de «guarida número uno» (estaba situada en la parte trasera de una licorería en via Cerva, en el barrio de Bottonuto, entonces malfamado), mientras que a la sede de *Il Popolo d’Italia* (en via Paolo da Cannobio), el periódico en el que Mussolini tenía su oficina y que era el órgano oficial del fascismo, correspondió el honor menor de ser la «guarida número dos». Para comprender, además, el activo y decisivo papel que desempeñaron en el nacimiento del fascismo, baste pensar que cuando, a finales de la primavera de 1924, Roma decidió eliminar a Giacomo Matteotti, el último y tenaz opositor parlamentario a cara descubierta, el hombre encargado de realizar el trabajo sucio, Amerigo Dùmmini, convocará a

cuatro antiguos Osados milaneses, tristemente famosos, de la sede de via Cerva.

Pero volvamos al momento del gesto fundacional. La cronología es elocuente: el 10 de noviembre de 1918, al final del desfile de la victoria bajo el monumento a los Cinco Días, Mussolini sube al carro de los Osados. Unos meses más tarde, el 23 de marzo de 1919, se produjo el nacimiento oficial del fascismo con la fundación de los Fascios de Combate en la piazza San Sepolcro de Milán, en una sala alquilada por el Círculo de la Alianza Industrial y Comercial.

¿Cuántas personas participan en esta primera asamblea fundacional del movimiento fascista? Un centenar. De un centenar no pasan. Es decir, menos de los que estamos hoy aquí. Así nació el fascismo. Con un fiasco. Un fracaso tal que obligó a los organizadores a cancelar la sala del Teatro Dal Verme, con capacidad para mil asientos, que era el que habían reservado inicialmente. Hay que decir que entre ese centenar no faltaban personalidades conocidas, algunos pequeños empresarios, incluso algunos artistas, pero, junto a ellos y a un puñado de sindicalistas revolucionarios y de gacetilleros desesperados, el grueso lo formaban ellos, los antiguos Osados, los profesionales de la violencia.

La violencia nunca dejará de ser el resplandor primordial del fascismo y lo acompañará en cada momento de su historia, hasta el final, hasta el crepúsculo apocalíptico de la Segunda Guerra Mundial. La violencia, alfa y omega del fascismo.

El punto de partida, la guarida número uno del fascismo, hay que buscarlo allí, en la sede de los Osados: en el principio se halla, por lo tanto, la violencia. En el origen del fascismo, en su fundación, se halla la experiencia de las trincheras, tres años que los varones

jóvenes se pasaron comiendo, bebiendo, fumando y durmiendo sobre la papilla de los cadáveres en descomposición de sus conmlitones. El *Männerbund* , el vínculo viril entre varones unidos en la hermandad de las armas, fue la experiencia fundacional de la antropología fascista (y esa es también la razón principal por la que el fascismo en su forma del siglo xx no puede volver a presentarse hoy en Europa occidental, bendecida por setenta años de paz y poblada por tres generaciones que desconocen la violencia bélica).

Pues bien, ese vínculo original entre fascismo y violencia dibuja un rasgo esencial que no debe olvidarse ni pasarse por alto en ningún momento. Si nos fijáramos solo en ello, sin embargo, no entenderíamos el fascismo. No lo entenderíamos porque si el fascismo se hubiera limitado al ejercicio de una nueva forma de violencia política sistemática, nunca habría llegado al poder. Mussolini –es cierto, muy cierto, indudable– violó a Italia a través de los Osados, que se habían convertido en escuadristas, pero no se limitó a violarla, sino que también la sedujo. Las dos acciones fueron simultáneas: el futuro líder sedujo a Italia mientras sus perros de la guerra la violaban.

Además, la violencia inherente al estupro no fue ajena en absoluto a la tarea de la seducción. No hubo violencia por un lado y seducción por el otro. Por el contrario, esa peculiar forma de violencia fascista, desgraciadamente, se volvió seductora a su vez, se convirtió en objeto de deseo político para muchísimos exponentes de la pequeña burguesía nacional que, si bien horrorizados por ella, anhelaban una solución a una crisis social de otro modo irresoluble. El escuadrismo orquestado por Mussolini sedujo primero a Italia y luego al mundo. No debemos olvidar, por ejemplo, que el fundador

del fascismo fue el modelo de Adolf Hitler, como lo ha sido para muchos otros líderes de movimientos políticos autoritarios europeos y estadounidenses.

Hay, por lo tanto, un segundo origen, una segunda raíz del fascismo que no podemos ignorar, a menos que corramos el riesgo de no comprenderlo: la seducción corre pareja, en paralelo y a la par que la violencia. Este segundo origen se ve plasmado en otra anécdota.

Es el 17 de noviembre de 1919, es decir, pocos meses después de la reunión fundacional de los Fascios de Combate. En Italia se celebran las primeras elecciones políticas libres de la posguerra (libres hasta cierto punto, dado que solo votan los hombres y eso ya sería más que suficiente, desde nuestro punto de vista, para no considerarlas democráticas). El clima que impera, como decíamos al principio, es el de quienes sienten que todo es posible, de quienes se sienten a punto de «dar asalto a la historia» (por citar una fórmula típica del fascismo y de su relación con la Historia, pero totalmente asumible para sus «enemigos» socialistas). La guerra mundial acaba de terminar, tres antiguos imperios acaban de derrumbarse y, junto con ellos, han caído en el curso de pocas semanas tres dinastías que han gobernado Europa durante siglos; el movimiento socialista anuncia la revolución mundial; en Rusia ya la ha llevado a cabo victoriosamente. Se percibe que puede pasar de todo. Se trata de uno de esos raros momentos en que –como dijo Italo Calvino sobre el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial– uno se siente depositario de «un sentido de la vida capaz de volver a empezar desde cero». Reina un ambiente febril, la

sucesión de acontecimientos se traduce en sobresaltos apocalípticos, como en las noches en las trincheras.

Mussolini, después de haber predicado largo tiempo el desprecio por la falsa democracia electoral y haber afirmado la negativa de los fascistas a participar en esa comedia, efectuando uno de los muchos cambios de rumbo oportunistas y carentes de escrúpulos propios de su manera de hacer política (lo veremos enseguida), se presenta por primera vez con una lista del movimiento que ha fundado unos meses antes en la piazza San Sepolcro y que apenas cuenta con un centenar de personas. Todavía no es el Partido Nacional Fascista, por ahora es solo el movimiento de los Fascios de Combate. En esa lista, improvisada a toda prisa en un intento de competir con D'Annunzio (de nuevo en boga tras la gesta de Fiume) por el liderazgo sobre los veteranos de la Gran Guerra, se incluye también a personalidades de lo más destacado: no está solo Mussolini; está Filippo Tommaso Marinetti, el creador del futurismo, un hombre genial a su manera; está Arturo Toscanini, el gran director de orquesta, un maestro ya celeberrimo que al cabo de unos años se convertirá en uno de los símbolos internacionales del antifascismo, pero que en el clima febril de esos días mira con interés y simpatía a esos jóvenes impetuosos decididos a cambiar el mundo, a barrer la antigualla del poder decimonónico, e incluso los financia.

Atención. ¿Cómo se llama la lista con la que se postulan los primeros fascistas? Se llama «Bloque Thévenot» y no le falta su propio símbolo. ¿Qué era la Thévenot? Era una bomba de mano, una granada arrojadiza, para ser exactos. Por lo tanto, los fascistas se presentan a unas elecciones democráticas con una lista cuyo símbolo electoral es una granada de mano utilizada por las tropas de asalto

durante la Primera Guerra Mundial. Sus intenciones no podrían ser más explícitas.

¿Qué resultados obtiene Mussolini en las elecciones? Un desastre, una derrota humillante. La lista Fascios de Combate obtuvo solo 4.657 votos en toda Italia. 4.657. Muy pocos. Nadie resultó elegido, ni siquiera Mussolini. El líder solo obtiene 2.427 preferencias. En toda Italia.

¿Y al otro lado? ¿Cuál es el veredicto de las urnas para la otra formación declaradamente revolucionaria, decidida a utilizar temporalmente el instrumento electoral del sistema democrático solo con vistas a su posterior supresión? El Partido Socialista Revolucionario Italiano, que es el partido del que procedía Mussolini, del que fue expulsado y que es ahora su principal enemigo, obtiene más de un millón ochocientos mil votos. La desproporción es evidente. Tenemos, por un lado, un millón ochocientos mil votos, un éxito abrumador, las masas populares marchando bajo una bandera común, la bandera roja de la revolución proletaria, y por el otro, ese puñado de veteranos maltrechos, desquiciados, violentos. Frustrados. Solo 4.657 votos. Blandir una granada arrojadiza les ha dejado con las manos vacías.

A esas alturas muchos creen que Benito Mussolini es un político acabado. Sus antiguos camaradas socialistas montan un falso funeral a ataúd abierto en via Paolo da Cannobio, bajo las ventanas del director de *Il Popolo d'Italia*. Van a burlarse del traidor, del excompañero derrotado, van a tomarle el pelo. Benito Mussolini se ve obligado a espiar por la ventana, oculto tras las cortinas de muselina, cómo llevan en procesión un muñecote con sus rasgos al son de cánticos goliardescos, sarcásticos y triunfales. En el *Avanti* !,

el periódico símbolo del socialismo, el diario que el fundador del fascismo había dirigido con orgullo hasta noviembre de 1914, aparece un breve con una *fake news* –diríamos hoy– burlesca: «Hallado un cadáver desconocido en el Naviglio. Algunos creen que se trata del cadáver de Benito Mussolini».

Esa mofa falsa les suena a todos como un auténtico epitafio fúnebre de una carrera política acabada. Consideremos que Luigi Albertini, propietario y director del *Corriere della Sera*, uno de los exponentes más importantes del pensamiento liberal italiano de la época, intercede ante Francesco Saverio Nitti, el primer ministro, a fin de que Benito Mussolini, que está en la cárcel, sea liberado.

¿Por qué está Mussolini encarcelado? ¿Qué ha ocurrido? Pues ha ocurrido que, al día siguiente de las elecciones, durante una redada de los carabinieri en las oficinas de *Il Popolo d'Italia*, se hallaron pistolas, porras y granadas de mano. De esta manera, Benito Mussolini es detenido bajo la muy fundada acusación de haber formado bandas armadas (justo en esas horas, Albino Volpi, un antiguo Osado milanés, tristemente famoso, y protoescuadrista fascista, futuro asesino de Giacomo Matteotti, lanzará dos de esas bombas en medio de la manifestación de los socialistas que celebraban el resultado obtenido, con las que alcanza también a mujeres y niños).

He aquí, pues, tras la aplastante derrota electoral, el tiro de gracia que podría (¿o debería?) haber puesto fin al fascismo en sus inicios. El fascismo está a punto de morir de raíz. Sin embargo, y por desgracia, Luigi Albertini, haciendo gala de una suerte de ceguera ante la amenaza fascista, como les sucederá repetidas veces en los años sucesivos a otros pensadores liberales, corre en ayuda de su

enemigo antiliberal. Desde sus elegantes oficinas milanesas de via Solferino, rodeado de maderas preciosas y exquisitos herrajes floreados de estilo modernista, Albertini telefona al primer ministro a Roma: «Escuche, Nitti –le dice–, ponga en libertad a ese tal Mussolini. Es ya un hombre acabado. No hagamos de él un mártir». Y, efectivamente, en Roma lo liberan. Es el 19 de noviembre de 1919.

No son solo Albertini, Nitti y los socialistas quienes consideran a Benito Mussolini un hombre políticamente acabado. Él mismo es el primero en creerlo. Testigo de ello es su principal amante y mentora de la época, Margherita Sarfatti, exponente de la alta burguesía milanesa, esposa de un conocido abogado prendado del socialismo, hija de un riquísimo empresario judío veneciano, mujer de refinada cultura, con conocidos en las altas esferas, coleccionista y experta en arte, que lleva tiempo patrocinando el ascenso político de ese «salvaje» llegado de provincias, desbastándolo, culturizándolo lo mejor que puede e introduciéndolo en los círculos que cuentan en Milán. Con ella, en el secreto de la alcoba, desahoga Mussolini su frustración: «¡Basta, basta de política! No puedo más, me he hartado: voy a cambiar de trabajo. Puedo ser violinista ambulante» (Mussolini sabía rasgear el violín), «puedo escribir comedias, puedo escribir una novela» (a saber por qué, cuando alguien no sabe qué hacer, piensa en escribir una novela). Margherita Sarfatti lo consuela, lo aconseja, lo anima y Mussolini da marcha atrás.

Así que retomemos nuevamente la cronología de los acontecimientos. 19 de noviembre de 1919: a Mussolini todos lo consideran, empezando por él mismo, un político acabado. 28 de octubre de 1922: dos años y once meses después, Mussolini,

después de haber amenazado con una revolución violenta de sus escuadristas, acampados a las puertas de Roma, pero que ha viajado cómodamente en coche cama desde Milán porque lo había convocado oficialmente el rey de Italia Víctor Manuel III, sube las escaleras de mármol del Quirinal –un palacio– y recibe, él, hijo de un herrero, nacido en un caserío de una remota aldea de provincias italiana, con solo treinta y nueve años, recibe de Su Majestad el mandato legal para formar su primer Gobierno. Esto sucede, vale la pena repetirlo, en el momento culminante de la llamada Marcha sobre Roma –una insurrección armada que el ejército podría haber aplastado fácilmente si el rey lo hubiera ordenado–, a finales de octubre de 1922, es decir, solo tres años después de las desastrosas elecciones de 1919, del arresto de ese agitador charlatán y fracasado y de la certificación casi unánime de su muerte política. La cuestión que plantea este segundo nacimiento del fascismo es, por lo tanto, la siguiente: ¿cómo es posible que un hombre de lo más tosco e ignorante, joven para aquellos tiempos –en octubre de 1922 Mussolini tenía treinta y nueve años, lo que lo convertía en el jefe de Gobierno más joven de Europa, tal vez de todo el mundo–, hijo de un herrero, es decir, hijo del pueblo, sin casi ningún apoyo, surgido de la nada, expulsado del Partido Socialista, considerado por todos un político fracasado solo tres años antes; cómo es posible, entonces, que ascendiera al poder, un poder recibido oficial y legalmente de las augustas manos del rey de Italia?

La respuesta podría encontrarse en esa anécdota de marzo de 1919, en ese salto que le permite a Mussolini subirse al camión de los Osados: la violencia, la violencia ideológicamente orientada de una milicia armada identificada por primera vez con un partido

político, la amenaza de la violencia homicida. Y se trata sin duda de una respuesta pertinente que nunca debe olvidarse ni subestimarse. Sin embargo, considero que basta para explicar lo que pasó, para explicar lo inexplicable. Si queremos entender de verdad, no debemos, como decía, fijarnos únicamente en Mussolini como el violador de Italia, sino también en Mussolini como su seductor. Y el seductor Mussolini no se refleja en la aterradora determinación del escuadrista, no coincide con el fascista en sentido estricto, sino con su rostro populista. Solo redescubriendo, por debajo de las expresiones marciales de la máscara fascista, los rasgos persuasivos del populista también, podremos explicarnos, hoy como entonces, el meteórico ascenso en el consenso popular que lleva al marginado de ayer a la arrolladora conquista del poder de hoy, o de mañana.

**II**

**POPULISMO**

«Populismo» es una palabra vaga y genérica, utilizada a menudo de manera imprecisa, a veces incluso equívoca; una palabra-amuleto, a la que recurrimos como forma de exorcismo lingüístico cuando nos encontramos ante una realidad esquiva e inquietante, fantasmal y amenazadora; la sacamos en procesión como se hacía antiguamente con la estatua del santo patrón en los países del sur ante un cataclismo o una hambruna; debemos manejarla con precaución (e incluso con parsimonia).

Por mi parte, desde hace ya varios años, mientras me esforzaba por comprender narrativamente a Mussolini desde el punto de vista de un escritor del siglo XXI , he ido viendo perfilarse ciertas características capaces de definir la fisonomía política del populismo y, sobre todo, la forma de su liderazgo. Afloraron ante mis ojos mediante una mirada bifocal, dirigida simultáneamente al pasado y al presente, adquiriendo la apariencia de auténticas reglas, es decir, de referencias normativas de la acción. Son los preceptos, los procedimientos, las técnicas políticas que hace cien años, combinados con la violencia de los escuadristas, permitieron al Duce del fascismo seducir a Italia después de haberla violado e incluso mientras la violaba.

*Personalización autoritaria*

«Yo soy el pueblo». Es esta la primera regla del populismo mussoliniano. El populista Mussolini –y, después de él, todos los líderes populistas hasta hoy– parte de esta afirmación. Una afirmación que ya en sí misma resulta prepotente, pretenciosa e ilógica. Pero él no se limita a eso. Con absoluta indiferencia respecto al acalambamiento lógico-gramatical en que incurre, afirma también lo contrario: «El pueblo soy yo». Si la primera afirmación se aventura en una sinécdoque (la parte por el todo) desproporcionada y de por sí peligrosa, en la segunda se efectúa la violenta reducción de una pluralidad muy numerosa a la singularidad del líder carismático.

El término «populista» ejemplifica uno de esos casos en los que la palabra lo dice todo. Todo y nada. Al rebautizar al individuo con el nombre de entidad colectiva, reduce el todo al casi nada del individuo único: «populista», yo soy el pueblo, el pueblo soy yo.

Este «yo» omnívoro precede a cada pensamiento, argumentación, programa; implica una fortísima acentuación de carácter personalista de toda la propuesta política. En el caso de Benito Mussolini, la entrada en política de ese «yo omnívoro» viene anunciada mediante una revolución en el lenguaje periodístico. Algo que descubrimos al releer sus artículos, eficacísimos, formidables a su manera, que revolucionaron el periodismo de la época. Y, sobre todo, si los comparamos con los textos impregnados de cultura literaria decimonónica que todavía dominaban la prensa italiana a principios del siglo xx .

Benito Mussolini nunca olvidó sus inicios como periodista (durante los veinte años de su dictadura mantuvo la propiedad y, a través de terceros, la dirección del periódico que había fundado). Tampoco nosotros deberíamos olvidarlo. El agitador de Predappio, en efecto,

debutó en el panorama nacional como periodista. Antes de fundar *Il Popolo d'Italia*, fue llamado a Milán en 1912 desde su provincia natal para dirigir *Avanti!*, el órgano de prensa socialista, el mismo periódico que los escuadristas protofascistas asaltaron e incendiaron en abril de 1919.

El futuro Duce se había ganado ese ascenso con una sensacional aparición en la conferencia nacional socialista de Reggio Emilia, cuando atacó con brutal vehemencia a algunos ancianos patriarcas del ala moderada del partido, culpables de haber ido a visitar al rey herido en un atentado. Tras colocarlos frente a sus contradicciones, los increpó y hasta insultó. Mezclando éxtasis retóricos con gestos exasperados, berreó y se desgañitó, golpeó la tribuna con los puños y maldijo varias veces.

El público presente estaba dividido. Algunos vieron en él a un loco (*L'è matt*, sentenciaron en dialecto). Otros vieron en él el futuro («Benito Mussolini, apúntate este nombre: es el hombre del futuro», le escribió el abogado Cesare Sarfatti, delegado de Milán, a su esposa Margherita, a la que no hizo falta que se lo dijera dos veces).

El caso es que a Mussolini se le había confiado la dirección del periódico del socialismo y no puede interpretarse, desde luego, como una casualidad que, siete años después, la primera acción violenta de los escuadristas fascistas, unidos a los nacionalistas, a los Osados y a los futuristas, con la pasiva complicidad de las fuerzas del orden, fuera asaltar e incendiar la sede de *Avanti!* en Milán, con muertos y heridos. Los asaltantes le llevaron, a modo de trofeo, como una bandera arrebatada al enemigo, el rótulo del periódico a Mussolini, quien, como era su costumbre, esperaba el desenlace de la acción sin exponerse personalmente, en su despacho de director

de *Il Popolo d'Italia* , a solo unas calles de distancia. «Esta fecha marca el primer día de nuestra guerra civil», afirmó ese día el futuro dictador, entusiasmado, pisoteando el cadáver de su pasado reciente, cuando tuvo entre sus manos la efigie de su viejo periódico y enfrente a un puñado de fanáticos asesinos.

Probablemente se trate de la tercera escena principal de la aventura fascista. Más en concreto, del origen de la seducción populista que siempre la ha acompañado. Comparecen al mismo tiempo los representantes simbólicos de las dos armas principales gracias a las que Benito Mussolini conquistó el poder: la fuerza física de la violencia escuadrista y la eficacia retórica de los medios de comunicación de masas. Porras y papel impreso.

Veamos, pues, la revolución lingüística que Mussolini aporta al periodismo.

En primer lugar, frases cortas. Breves, brevísimas y sintácticamente elementales. Sujeto, verbo, complemento directo. Cada frase es un dicho memorable, cada frase resulta citable por entero, cada frase es un eslogan. Pero eso no es todo. Además, cada frase debe poder extrapolarse fácilmente de su contexto. El lenguaje de Mussolini como periodista aspiraba a ser libre, desenfrenado, inconexo, emancipado de cualquier obligación de coherencia: en sus artículos nunca mostró preocupación alguna por la coherencia histórica con lo que él mismo había dicho un día antes, un mes antes, un año antes, ni con lo que manifestaría al día siguiente o días después; así como tampoco preocupación alguna por la coherencia ontológica, es decir, relativa al anclaje de las palabras a la realidad. Además, todas esas declaraciones altisonantes, vociferadas, grandilocuentes a menudo, iban siempre

precedidas por el pronombre personal singular: *yo* digo, *yo* prometo, *yo* amenazo... *yo*, *yo*, *yo*. El personalismo de nuevo. Esta vez, el personalismo lingüístico reemplaza al complejo, controvertido y agotador pluralismo discursivo. El voluntarismo subjetivo sustituye al razonamiento racional objetivo. El líder carismático, a la amarga realidad. Algunos podrían decir que esos artículos fueron los precursores de la política a golpe de tuits. Y no se equivocarían.

Yo. Yo soy el pueblo. Y Mussolini era sin duda un hijo del pueblo. Nada más llegar a Milán para dirigir *Avanti !*, se baja el sueldo, con un típico gesto demagógico, empieza a escribir usando aparentemente la lengua del pueblo y cuadruplica las ventas.

Antes de por el hijo del pueblo, el periódico había sido dirigido por Claudio Treves, destacado exponente de la dirección nacional, un intelectual culto y refinado de extracción burguesa. Uno de los muchos privilegiados que en aquellos años se enamoraron y abrazaron la causa de los oprimidos. Si nos tomamos el tiempo de leer los artículos de Treves, comprenderemos mejor la disruptiva innovación introducida por el populismo lingüístico de Mussolini. Treves escribía en nombre del pueblo, pero haciendo gala de una prosa culta, docta, compleja, un frasear rico en cláusulas consecutivas y subordinadas. Escribía, en definitiva, en nombre del pueblo, pero lo hacía de una manera que al pueblo le costaba entender. Mussolini, por el contrario, incluso cuando, a no mucho tardar, empieza a poner el fascismo al servicio de los industriales y propietarios agrícolas explotadores del proletariado, lanzando sus dardos y a sus escuadristas contra los representantes de las clases populares, seguirá hablando con un lenguaje perfectamente comprensible para la gente común. (Treves y Mussolini, los dos

antagonistas antitéticos, se odiaban hasta el punto de haberse batido en duelo en plena Primera Guerra Mundial. El feroz duelo tuvo lugar en una granja en ruinas en la zona de Bicocca, en las afueras de Milán. Los contendientes arremetieron uno contra el otro en seis asaltos, y ambos resultaron heridos).

Yo. Yo soy el pueblo. Atención, como ya hemos dicho, en esta afirmación vale siempre lo contrario: el pueblo soy yo. El pueblo, los millones de vidas reducidos primero a una masa y luego comprimidos en una sola persona. Es obvio, por lo tanto, que esta primera regla ya es suficiente para definir el populismo de Mussolini como una fuerte tendencia antidemocrática. Popular, hiperpopular y, por lo tanto, antidemocrática. Porque si yo soy el pueblo y el pueblo soy yo, cualquiera que no esté conmigo, cualquiera que no pertenezca al pueblo, estará contra el pueblo, fuera del pueblo, será su enemigo.

Fiel a su primera regla, el líder populista estigmatizará cualquier posición política contraria a él no solo como contraria a los intereses nacionales, sino incluso como ajena a la comunidad nacional. Antitaliana, antiamericana, antifrancesa, y así podríamos seguir. Lo cual bastará para declarar ilegítima, cuando no ilegal, esa posición antinacional. Sus representantes no solo recibirán críticas, sino ataques personales; recibirán insultos, serán tildados de enemigos del pueblo, señalados como objetivos de su ira violenta en su condición de traidores. En casos extremos, se les declarará «ejecutables».

*Controversia antiparlamentaria*

Sin embargo, antes de llegar a esos extremos, en su fase ascendente, el populismo de Mussolini trajo consigo una enconada controversia antiparlamentaria. El ataque retórico a la democracia pasa a través de la propaganda en contra del parlamentarismo. ¿Por qué? Porque el Parlamento representa la multitud en la multiplicidad: es el lugar de las mil diferencias, de los intereses contrapuestos, de las muchas posiciones, unas contra otras, antagónicas, distintas, irreductibles. El Parlamento es el santuario del lento y largo arte de la democracia, el templo de su frágil belleza. Pero si yo soy el pueblo y el pueblo soy yo, en tal caso el Parlamento se convierte en una pérdida de tiempo, en la sede de la corrupción, de la degeneración patológica, de la inadecuación, de las trapacerías, de los privilegios de casta, en el centro de un inútil caos crónico. Le aguarda el destino de los débiles, de los ineptos.

No es casualidad que la violenta controversia antiparlamentaria, que presenta al Parlamento como una complicación inútil, un lugar de corrupción y de engaño, un freno al proceso de toma de decisiones políticas, se encuentre en el origen de todos los movimientos populistas, de ayer y de hoy, de derechas e izquierdas.

Arquetipo de todo líder populista posterior, Benito Mussolini definió ya en 1919 el recién nacido movimiento de los Fascios de Combate como un «antipartido», fórmula que resuena idéntica cien años después en nuestro presente; el fundador del fascismo dice de sí mismo «yo no hago política, hago antipolítica», eslogan de hace un siglo de todavía amplia circulación en el nuevo milenio; pinta el Parlamento de Roma como un lúgubre edificio funerario repleto de las «momias de Montecitorio», a las que abiertamente se propone «poner en liquidación» (otra expresión que se repite en nuestra

reciente crónica política). Incluso la imagen de la clase política liberal representada como una «casta» encerrada en sus propios privilegios, autorreferencial y sorda a las llamadas del pueblo, imagen que tanto predicamento ha tenido y sigue teniendo en los últimos tiempos, se remonta a hace cien años. Su autoría no ha de atribuirse a Mussolini sino a Gabriele D'Annunzio («Una casta de maharajás indios encerrados en el lujo de sus palacios»), a cuya inventiva el futuro líder recurrió a manos llenas para configurar el imaginario fascista.

A diferencia de los populistas de hoy, que se limitan –digámoslo así– a una lenta tarea de descrédito y erosión de los cimientos parlamentarios de la democracia liberal, el populismo fascista mussoliniano declaró desde el principio su desprecio por el Parlamento, por el sistema democrático vinculado a él, así como su intención de derrocarlo.

La burla despectiva reservada al sistema electoral –«Despreciamos la medallita electoral», solían repetir los fascistas originarios, contraponiendo el falso honor de representar al pueblo en el Parlamento con la gloria auténtica de las medallas ganadas en los campos de batalla– no impidió que el oportunismo sin escrúpulos de Mussolini lo llevara a presentarse con su movimiento a las elecciones tan pronto como lo consideró útil; pero el hecho de sentarse en el Parlamento junto a ese hatajo de «momias», viejos embalsamados, desconectados de la realidad, corruptos y decrépitos, no le impidió concluir en 1922 su conquista del poder con una marcha real y simbólica sobre la capital, un ataque al corazón mismo de la democracia (la llamada Marcha sobre Roma). Tampoco le impidió, una vez obtenido el mandato del rey para formar su primer

Gobierno, humillar, en su discurso inicial como primer ministro ante la Cámara de Diputados, a la institución que debía representar, honrar y defender, definiéndola, con una frase memorable, como «sala sorda y gris», constantemente amenazada por su siempre posible reducción a un «vivac de manípulos», en otras palabras, por su supresión a manos de las milicias fascistas.

### *Guiar siguiendo*

El antiparlamentarismo del líder carismático prefigura su especial relación con la base popular, que es diferente y opuesta a la prevista por las mediaciones de la democracia representativa. Como hemos visto, el líder populista no se limita a representar al pueblo, sino que pretende *ser* el pueblo. Hemos de preguntarnos, por lo tanto, cuál es la relación que este «jefe» establece con el cuerpo electoral del que se declara encarnación vertical. Y aquí nos encontramos con la tercera regla, o ley, del populismo inventado por Benito Mussolini.

A menudo se ha hecho hincapié en el tacticismo absoluto de Mussolini, su oportunismo sin escrúpulos, el pragmatismo cínico de un líder dispuesto a cualquier transformismo, cual camaleón, a cualquier cambio de rumbo, de posición, de alianzas. Todo ello es cierto. Pero este «inmoralismo» sistemático suyo no puede reducirse a una mera cuestión moral, porque toda la línea de conducta de Mussolini como «animal político» se derivaba de una clarividente intuición sobre lo que acabaría siendo la política en la era de las masas, que se inauguró entonces y prosigue hoy en su fase de madurez.

Al final de la Primera Guerra Mundial, Mussolini es uno de los primeros en comprender que, en la era de las masas, el líder que las guíe no se hallará delante de ellas, no las precederá, como cabría desprenderse de la palabra inglesa *leader –to lead*, guiar estando al frente—, sino que más bien las dominará siguiéndolas, quedándose un paso atrás respecto a ellas. La tercera ley del populismo de Mussolini impone, en otras palabras, un nuevo tipo de líder, el adalid que guía a las masas no precediéndolas, sino siguiéndolas.

Pensemos en uno de los lemas más célebres y altisonantes del fascismo (que, en realidad, tuvo su origen histórico en la Revolución francesa o, mejor dicho, en la contrarrevolución de La Vendée). Un eslogan escrito a menudo en los muros, en las casas de los peones camineros.

*Si avanzo, seguidme.*

*Si retrocedo, matadme.*

*Si caigo, vengadme .*

¿Qué quería proclamar el Duce del fascismo con estas palabras? En una primera lectura parecen evocar a un Mussolini que guía al pueblo como un oficial en la batalla, avanzando a la cabeza. No. Esa era la retórica oficial. Hay que buscar la verdad acerca de su liderazgo en otra de sus frases, susurrada, no proclamada en voz alta.

Benito Mussolini decía de sí mismo: «Soy el hombre del después». Y lo decía con orgullo, alardeando de su astucia política. Soy el hombre del «después», o sea, llego al escenario de los

acontecimientos políticos un instante después. No precedo, sigo. Dejando a un lado la metáfora, ¿qué significa todo esto? Significa que el líder populista, como el Mussolini de los orígenes, no tiene ni debe tener ideas propias, carece de convicciones irrenunciables, no guarda fidelidad, no guarda lealtad, carece de estrategias a largo plazo, no guía a las masas hacia una meta lejana y elevada, que él atisba, pero las masas no ven. Muy al contrario, ese líder solo conoce tácticas y ninguna estrategia, solo oportunidades y ninguna convicción, solo praxis y ninguna teoría. Ese líder ni tiene ni quiere tener contenido alguno, es un hombre hueco, es un recipiente vacío, un dispositivo de lo más eficaz para ejercer la supremacía táctica del vacío.

Sí, porque si estás vacío, si careces de principios, si careces de fe, si careces de lealtades, si careces de programas irrenunciables, si careces de objetivos estratégicos preestablecidos, si careces de horizontes imprescindibles, si consideras a todos tus aliados sacrificables, en política serás tácticamente un ganador. Serás un ganador porque ese recipiente vacío irá llenándose una y otra vez con lo que oyes de refilón en las conversaciones de bar, con lo que olfateas en un día de mercado, con lo que percibes estando detrás de la multitud, llegando un instante después.

Así es exactamente el Mussolini de los orígenes. Cuando pensamos en el dictador fascista, tendemos a recordar su imagen de los años treinta, cuando desde el balcón del Palacio Venecia hacía alarde de una bien estructurada doctrina del hombre nuevo (que nunca llegó a nacer), de un articulado programa para la Italia del futuro (que nunca se aplicó), de su propia visión del mundo (que desembocó en el fin del mundo). En cambio, el Mussolini de

principios de los años veinte era un aventurero propenso a todo disfraz, cambio de opinión y traición: antes un republicano ferviente y más tarde dispuesto a convivir con la monarquía durante veinte años; antes un profeta del amor libre y más tarde dispuesto a casarse por la iglesia por conveniencia; antes encarnizado anticlerical y más tarde firmante del Pacto de Letrán con el Vaticano; antes socialista consagrado a la redención del proletariado y más tarde aliado de los poderes fuertes que oprimían a este. En el curso de pocos años, Benito Mussolini los traicionó a todos: a los pacifistas, a los socialistas, a los republicanos, a D'Annunzio, que lo había inspirado, a los liberales giolittianos, que lo habían llevado al Parlamento, a los camaradas escuadristas de primera hora, que le habían allanado el camino a fuerza de porrazos. Y, por encima de todo, se traicionó a sí mismo y se convirtió en el hombre que odiaba cuando era niño.

Esta sistemática infidelidad del tirano fascista se combinaba, sin embargo, con una paradójica forma de coherencia. Con cada nuevo giro brusco en su camino, con cada nueva promesa traicionada, el animal político se mantenía coherente con la regla áurea del populista; permanecía fiel a esa intuición según la cual el líder en la era de las masas solo podía gobernarlas siguiéndolas, no precediéndolas, solamente a condición de no tener principios o ideas propios que lo obstaculicen, a condición de carecer de criterios o programas gubernamentales que lo vinculen; permanecía fiel al turbulento, confuso tribuno sin escrúpulos de sus orígenes, siempre dispuesto a ostentar desprecio por los programas. «Los programas son papelotes –decía ese agitador del pueblo–. Dejémoselos a los socialistas, a sus interminables discusiones teóricas. No sé de qué

me sirven las doctrinas y los programas; es más, tengo que deshacerme de ellos porque he de poder llenarme con los humores de la gente».

### *Política del miedo*

La supremacía política de los humores está repleta de consecuencias. Cuando la vida, incluso la vida privada, pero sobre todo la vida política, se reduce a sus humores –no a sus ideas, a sus razonamientos, a sus creencias, a sus principios, a sus sentimientos, sino a sus humores–, casi siempre se reduce, de hecho, a sus malos humores. Pensémoslo bien: el buen humor es, por suerte, un estado de ánimo no infrecuente a nivel individual, pero en lo que respecta al temperamento colectivo, sobre todo en periodos de crisis económica y social, predomina decididamente el mal humor.

¿Y cuál es el carácter dominante de la vida reducida a sus humores negros? Una mezcla de bilis y melancolía, un estado de ánimo de vaga tristeza, alimentado por titubeos que se regodean en sentimientos de inquietud y decepción mezclados con resentimientos coléricos. En el origen y centro de todo está el miedo. La cuarta regla del populismo fascista atañe precisamente a ese estado emocional de desasosiego y repulsión ante la proximidad de un peligro real o presunto: un líder populista practica la política del miedo; un líder populista casi nunca apela a las esperanzas de su pueblo, sino casi siempre a sus temores.

Aquí aparece otra intuición clarividente y triunfadora del populista Mussolini. Mussolini, como decíamos, procedía del Partido Socialista,

y el Partido Socialista era el partido de la esperanza, el partido de aquellos que prometían a los hombres corrientes: «La vida de tus hijos podrá por fin ser mejor que la tuya, y la de tus nietos mejor que la de tus hijos». El símbolo mundial del socialismo era el Sol del Porvenir, el astro radiante que brillaba sobre un mañana mejor. El socialismo prometía a las masas de los humillados y ofendidos de la historia un mañana de esperanza, un futuro de redención y justicia.

Mussolini conocía muy bien esa promesa, pero había sido excluido, desterrado, expulsado de ella, y sabía perfectamente, por lo tanto, que no podía practicar una política de la esperanza. La política de la esperanza le estaba vedada y, entonces, ansioso por encontrar un camino diferente que lo llevara al poder, comprendió que existía, como aún existe, una única pasión política más poderosa que la esperanza: el miedo.

En 1919, millones de mujeres y hombres confiaban en un futuro mejor y sentían que se acercaba el tiempo del advenimiento, el momento en que ese futuro haría irrupción en el presente. Pero una gran parte de esos millones de mujeres y hombres, especialmente los hombres, habían vivido también sumidos en el miedo durante los últimos cuatro años de su vida, en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, donde rara vez se veía al enemigo, salvo cuando se te echaba encima para destriparte con la bayoneta, donde la muerte caía sobre tu cabeza desde el cielo durante los bombardeos sin que llegaras a darte cuenta, donde la muerte podía ser incluso invisible e impalpable, e insuflarse en tus pulmones a través del gas. Durante años esos hombres habían comido, fumado y bebido con miedo, y ese miedo los seguía ahora como una sombra en la vida civil del

mundo pacificado, determinando el tono de los humores de base con los que se enfrentaban a su existencia cotidiana.

Pero ¿de qué tenían miedo esos veteranos del gran miedo una vez que regresaron a sus hogares? De las esperanzas de los demás. La pequeña burguesía, que había conseguido laboriosamente ciertas ganancias en los primeros años del nuevo siglo, y la gran burguesía, que tenía mucho que perder, temían las esperanzas de los socialistas, es decir, de la revolución. Tenían miedo de ese futuro de redención de los agravios. Mussolini entonces, desterrado de las esperanzas socialistas, apuesta en su propaganda de posguerra todo su caudal a lo contrario; aviva el miedo, lo alimenta, lo magnifica: el socialismo es barbarie, el socialismo es una plaga, el socialismo es la horda de un invasor extranjero que amenaza a nuestro país desde dentro.

Cualquiera podría haber replicado: «¿Invasor extranjero? Pero ¿cómo? Los socialistas son italianos, crecieron a tu lado, jugasteis juntos en el patio, itú mismo eras socialista hasta ayer!». Y él habría contrargumentado: «Los socialistas no son ni serán nunca italianos, porque incluso los socialistas que han nacido en Italia tienen como modelo, como ideal, la Revolución rusa y, por lo tanto, son portadores de una enfermedad infecciosa, de una epidemia letal». Una epidemia que, no por casualidad, la propaganda fascista de principios de los años veinte denominaba la «peste asiática». A los enemigos socialistas, los muy italianos portadores de la plaga que el populismo fascista incitaba a temer, se les representaba como invasores extranjeros acampados en el territorio de la nación.

El fascismo fue una estrategia de un miedo integral y total, tanto en la vertiente que hoy definiríamos como populista como en la

vertiente específicamente fascista. La sistemática y mortífera violencia ejercida por las escuadras fascistas a gran escala generaba, en efecto, miedo y terror. Y Mussolini hizo un uso deliberado, calculado y cínico de ella, alternándola con dosis de garantías y adulación. El dispositivo fascista se sirvió, por lo tanto, del miedo generado por la violencia escuadrista para lograr sus objetivos políticos (táctica que culminó en la llamada Marcha sobre Roma, cuando la amenaza de la violencia, que por sí misma nunca habría sido suficiente, consiguió que Mussolini ganara la partida hábilmente jugada a dos manos).

Pero si el Duce pudo conquistar el poder fue porque, además del miedo generalizado *a los* fascistas, logró capitalizar el miedo difundido *por los* fascistas. Si con una mano el fascismo sembraba miedo, el populismo fascista fue capaz con la otra de disiparlo transformándolo.

### *Trasmutar el miedo en odio*

Y aquí nos encontramos con un pequeño apartado, pequeño pero decisivo, casi una ley en sí misma. Un codicilo a la norma que prescribe sustituir una política de la esperanza por la política del miedo: después de haber sembrado el miedo, el líder populista debe ser capaz de operar una especie de transmutación alquímica del miedo en odio. Mussolini insinúa primero el miedo, aviva las ansiedades de la gente, las pasiones tristes, los sentimientos de desilusión, de derrota, de traición, el resentimiento y el rencor que muchos sintieron, tras luchar en la guerra, una vez que regresaron a

casa, donde lo que se les había prometido no se les otorgaba, donde no encontraban trabajo, donde los precios se disparaban, donde les resultaba difícil conseguir gasolina, llenar el plato de sopa.

El populista Mussolini avivaba primero el miedo. Luego, sin embargo, hace este segundo movimiento. Dice: «La amenaza es gravísima, nos acecha, y es mortal; el peligro son los socialistas; son extranjeros, quieren invadir nuestro país; son extranjeros, pero están acampados en nuestro territorio. Debemos tenerles miedo». Y con voz maligna añade: «Pero no debemos limitarnos a tenerles miedo, debemos odiarlos; no basta con temer, debemos odiar».

El evangelio populista, por lo tanto, nos invitaba a pasar de un sentimiento pasivo, retraído y depresivo, como el miedo, a un sentimiento activo, expansivo y eufórico, como el odio. ¿Alguna vez han experimentado ustedes odio por alguien? Cuando odiamos a alguien nos sentimos vivos, como cuando amamos y, tal vez, incluso más. Se trata de una triste verdad: pero si no reconocemos estos mecanismos que gobiernan nuestras acciones y reacciones, no entenderemos el fascismo nacionalista de entonces ni a los populistas soberanistas de hoy.

### *Simplificar la vida moderna*

Y aquí llega el esquema de juego ganador, y se trata de la sexta regla del populismo mussoliniano. Se titula «simplificación brutal de la complejidad de la vida moderna». Mussolini fue uno de los primeros en intuir las vastas implicaciones políticas del sentimiento de opresión que provoca en todos nosotros la enorme complejidad

de la vida moderna, como ya lo habían entendido filosóficamente los grandes pensadores decimonónicos. Recordemos, por ejemplo, la metáfora de Hegel, quien en la *Fenomenología del espíritu* paragona el agobio del sujeto moderno con un mosquito atrapado en la telaraña de la excesiva complejidad de la existencia: cuanto más se mueve, más se estrecha la maraña a su alrededor. Mussolini, que carecía de toda propensión al razonamiento filosófico, trasladó esta intuición al nivel de la praxis política. Comprendió que el fascismo no solo disponía de la violencia que aniquila físicamente al adversario, sino que también podía utilizar la brutalización de la vida política, capaz de aniquilar el pensamiento; podría aprovecharse de ello con enormes ganancias posteriores, porque todo acabaría siendo de enorme alivio para las masas.

De esta manera, la propaganda del populismo fascista insiste machaconamente en este punto: la realidad no es tan compleja como nos la presentan los viejos liberales, que predicán la idea de la representación proporcional parlamentaria; la realidad no es tan complicada como nos la cuentan los socialistas con sus abstrusas teorías, doctrina marxista, estructura, superestructura, etcétera; la realidad es mucho más sencilla. No.

Todo puede reducirse a un único problema.

Ese único problema puede reducirse a un enemigo.

Ese enemigo se identifica con el extranjero, un extranjero invasor.

Al extranjero invasor se le puede matar.

Problema resuelto.

Según esta visión, al invasor extranjero se le puede matar a porrazos o, como alternativa, dejar que se ahogue frente a nuestras costas, cuando no se lo arroja de nuevo al mar. De hecho, llegados a

este punto, no podemos pasar por alto que hace cien años el populismo fascista identificaba al «enemigo simplificador» con el socialista del mismo modo que hoy el populismo soberanista lo identifica con el inmigrante.

Toda la vida política, releída desde esta perspectiva, se reduce al hecho de tener un enemigo al que temer y odiar. Y aquí se produce una inversión de perspectiva, el último movimiento concluyente del esquema de juego ganador. La vocecita seductora y maligna del populismo susurra: no debemos mirar atrás, no debemos escudriñar con terror el cielo por encima de nosotros, ni los bosques a nuestro lado. La muerte no llega de cualquier parte, invisible, desconocida, intangible como en las trincheras. Solo debemos mirar al frente. Ahí está nuestro único problema, nuestro enemigo, el extranjero invasor: en cambio, aquí, a vuestro lado, estoy yo, el fascista con la porra. Toda la realidad se reduce a esto.

¡Qué suspiro de alivio! Qué sencilla es la vida: basta con odiar al socialista; y aquí a mi lado está el fascista con la porra, listo para sacudirle. ¿De qué sirve el Parlamento con su agotadora complejidad?

Con esta fórmula, a la vez poderosa y consoladora, Mussolini sedujo a Italia hace cien años mientras sus escuadristas la violaban. Y, ante la enormidad del miedo, toda su violencia queda redimensionada, adquiriendo incluso a ojos de esos adultos que han vuelto a ser niños, de esos ciudadanos degradados a súbditos, el aspecto tristemente necesario de las medidas del buen padre de familia.

En ese doble gesto late, hoy como entonces, el corazón negro de toda tentación autoritaria.

## *Comunicar al cuerpo con el cuerpo*

Llegados al final, volvamos al principio.

El conjunto de estos principios traza el perfil de la preferencia del autoritarismo frente a la democracia; una preferencia que Mussolini declara abiertamente mientras los populistas de hoy la niegan (o la disimulan, como prefiramos), sin eximirse de erosionar las instituciones democráticas.

Las diferencias entre los populistas soberanistas de hoy y los nacionalistas fascistas de Mussolini son muchas y cruciales, empezando por el uso de la violencia física, practicada sistemáticamente por los segundos, pero no por los primeros. A diferencia de los fascistas de principios del siglo xx, los populistas de hoy, pese a cultivar la tendencia a desacreditar y, en ocasiones, a modificar las instituciones democráticas en un sentido antiliberal (véanse los casos de Hungría y Polonia), no eliminan mediante la violencia física a sus adversarios políticos; en ese sentido, permanecen dentro del perímetro de las reglas democráticas; logran controlar el Parlamento ganando elecciones (sin desdeñar atacarlo de cuando en cuando, como ha ocurrido en Estados Unidos y Brasil). No es una diferencia baladí en absoluto, que quede claro. Con todo, perdura el que a los populistas de ayer y de hoy los une el hecho de representar una amenaza para la calidad y plenitud de la vida democrática liberal, una amenaza resumida en la centralidad autoritaria del «jefe», del líder en quien supuestamente se encarna el pueblo, ese líder que no precede, sino que sigue, que practica una política del miedo, que luego la conmuta en odio, que implementa

una brutal simplificación de la complejidad de la realidad. Y que habla al cuerpo electoral a través de su propio cuerpo.

Esta es la última invención con visión de futuro de Mussolini. Ya en los años veinte del siglo pasado, el Duce fue el primero en situar el cuerpo en el centro de la escena política. Son célebres las imágenes del jefe fascista con el torso desnudo que trilla el trigo entre los campesinos («¡Camarada maquinista, que empiece la trilla!»), que está nadando, observado por la multitud, que gesticula de una manera que hoy nos parece grotesca. Esto, entre otras cosas, genera uno de los principales malentendidos respecto a un terrible dictador al que con demasiada frecuencia se lo infravalora tildándolo de personaje ridículo. En absoluto: también en su gesticulación está ejerciendo Mussolini su maléfico genio político; ha comprendido que, en la era de las masas, la comunicación política no pasará de cabeza a cabeza, sino que será una interacción casi física, que pasará del cuerpo del líder al cuerpo electoral. «A las tripas de los votantes», como suele decirse.

El Duce del fascismo, sin embargo –podría objetarse– hacía gala de un cuerpo varonil, poderoso y admirable, al menos según los cánones del machismo fascista de la época! Hoy se observa algo análogo en formas de poder autocrático y atávico pero ajenas a la tradición occidental, como es el caso de Putin.

Hay que tener cuidado. No debemos dejarnos engañar por las diferencias entre el presente y el pasado, aunque sean significativas: para que la comunicación corporal resulte eficaz, el cuerpo del líder no tiene por qué ser bello, apuesto, poderoso, ni siquiera viril. No nos dejemos engañar. Consideremos la figura de Donald Trump, ese hombretón desgarrado, desagradable, zafio. Sin embargo, no son

esas cualidades las que cuentan. Lo que importa es que el silencio del cuerpo, su estólida fisicidad, su irracional emocionalidad quedan entronizadas en el centro de la comunicación política. Lo que aquí está en juego no es el valor estético de la belleza del cuerpo o su gallardía: es el hecho de anteponer la comunicación física, corporal, casi visceral, a cualquier tipo de comunicación intelectual basada en el razonamiento, la reflexión y el análisis. Se trata de una modalidad de comunicación prerreflexiva, emocional, prepotente. Y triunfadora, porque lanza un llamamiento básico a la animalidad humana. Es triunfadora precisamente porque no manifiesta ninguna supuesta superioridad, es vencedora porque no todos tenemos un doctorado en ciencias políticas, pero todos tenemos un cuerpo. Ahí, en esa masa de materia ciega y vibrante, coincidente con el cuerpo del líder, más o menos grande, más o menos joven, sea hombre o mujer, ahí termina y culmina la antisublimación de una trayectoria que se inició afirmando «yo soy el pueblo y el pueblo soy yo»: el pueblo se encarna en mi fisicidad, en este hombre de ahí, en esta tripa de allí, en esta mujer, en mi metro setenta, o en mi metro noventa, o en mi metro cincuenta.

No hay nada estúpido en esto. Es un proceso que reactiva en la historia necesidades, estados de ánimo y sentimientos primarios, experiencias de vida ancestrales, prehistóricas incluso. Si descartamos este atavismo con una mueca engreída, los estúpidos somos nosotros. No tiene nada de divertido o gracioso. Podemos reírnos de ello, pero no nos reiremos mucho tiempo.

El fascismo no fue una comedia, fue una tragedia. En efecto, cuando la vida colectiva de un país se encamina por la senda en la que todo se encarna en el cuerpo del líder, lo que ocurre es que ese

cuerpo no podemos tocarlo, no podemos alcanzarlo, no podemos analizarlo. Y, por encima de todo, no podemos ponerlo en duda. Solo podemos adorarlo, como hicieron millones de italianos con Mussolini, u odiarlo, odiarlo y masacrarlo. Tal como hicieron los italianos con su Duce al final de su trayectoria.

**III**

**DEMOCRACIA**

Permítanme concluir con otro recuerdo personal.

Cuando cayó el Muro de Berlín yo tenía veinte años. Recuerdo un sábado por la noche en una fiesta en casa de unos amigos. Estaba en la cocina con un compañero de juergas llenando las jarras de spritz, el aperitivo típico de Venecia, la ciudad donde crecí y vivía. Mientras mezclaba vino blanco y bíter, despreocupado, mi amigo me hizo un gesto con la cabeza hacia el fondo de la cocina: «¡Mira a ese pringao con el pico!».

Me volví. En la pantalla de un pequeño televisor olvidado en una esquina, un individuo desconocido la emprendía afanoso a golpes con un pico contra un muro desconchado. Nos fijamos en esa extravagancia por unos segundos; luego, agarrando las jarras con nuestra bebida favorita, volvimos felices a nuestros entretenimientos. Con esos golpes de pico la democracia triunfaba sobre sus enemigos y sin embargo nosotros, hijos de los años ochenta, no teníamos ojos para contemplarla. Un hecho clave de la segunda mitad del siglo xx nos había sorprendido preparando spritzs, pero no había conseguido captar nuestra atención más que unos instantes. La gran Historia, con su carga de tragedia y de épica, apenas nos había rozado, reduciéndose para nosotros, jóvenes privilegiados del Occidente europeo pacificado, saciado y vacío, a un breve momento de hilaridad. Unos instantes, y enseguida a seguir con nuestra fiesta.

Al empezar este discurso reivindicé mi pertenencia a la última generación educada en los mitos y valores del antifascismo del siglo xx . Y es verdad. Pero es igualmente cierto que esa formación cultural no nos impidió ni a mí ni a mis coetáneos asomarnos a la vida adulta en un clima de hedonismo falto de compromiso, de indiferencia individualista hacia los destinos generales y de repugnancia generalizada por la política. Después de las tormentas de la feroz militancia ideológica de los años setenta, el reflujo de los ochenta nos había arrastrado a flotar relajados en un mar tranquilo, agradable y aparentemente sin límites. El mar de unas eternas vacaciones.

No se trataba solo de inconsciencia juvenil. En aquel tibio fin de siglo, todo Occidente se engañaba, junto con nosotros, pensando que había entrado en una edad de oro: el capitalismo liberal había ganado la Guerra Fría, los beneficios crecían exponencialmente, la globalización se extendía por todo el orbe bajo los auspicios de deidades benignas.

Fue un cambio de época jovial y mendaz. Entre los muchos engaños que deslumbraron nuestra vida leve como últimos hijos del siglo, hubo uno que hoy, veinte años después, nos parece particularmente culpable: la ilusión de una democracia eterna.

Nosotros, los jóvenes de finales del siglo xx , nacidos en Europa Occidental en la tercera generación tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, pertenecíamos a la porción –una porción muy pequeña– de la humanidad más rica, sana, segura, longeva y protegida que había pisado la faz de la tierra. Este privilegio de nacimiento nos confundió hasta el extremo de llevarnos a creer que la democracia era casi una condición natural, un beneficio adquirido de una vez por todas, una

suerte de anualidad de la que podíamos disfrutar irresponsablemente.

Aunque conocíamos la historia, que nos habían transmitido los últimos testigos vivos, preferimos olvidar la terrible batalla que las generaciones pasadas tuvieron que librar para entregarnos el raro, tardío y siempre precario regalo de la democracia. A fuerza de jalonar el tiempo a base de aperitivos, estábamos olvidando una verdad sencilla pero exacta, incontrovertible y fundamental, en relación con la naturaleza misma de la democracia: la democracia no es resultado del azar ni tampoco de la necesidad; no es un regalo del cielo, sino una conquista; la historia de la democracia es, sin que quepa duda alguna, la historia de la lucha por alcanzarla.

Al cabo de pocos años, el nuevo siglo y milenio, que se iniciara la mañana del 11 de septiembre de 2001, se encargaría de recordárnoslo atrocemente. Nuevos enemigos empezaron a ejercer presión en las fronteras de la democracia, fronteras de trazos recortados mediante la sangre. El terrorismo fundamentalista de las teocracias islámicas, el ascenso a la cima del poder económico global de naciones ajenas a los sistemas democráticos y, en última instancia, la guerra de agresión desencadenada en Europa, contra Europa, por la Rusia de Putin.

Así, tras la resaca hedonista de finales de siglo, se ponía de manifiesto una época de profunda crisis de la democracia liberal. Crisis agravada por la presencia de viejos, nuevos y numerosos enemigos internos. Con cada nuevo y periódico colapso de un sistema económico regido por el infausto capitalismo financiero, con cada nueva declaración de impotencia hacia sus enemigos externos, con cada nueva y arrolladora oleada de inmigración, resonaban

palabras de desconfianza y descrédito hacia el sistema democrático. Palabras masculladas por nuestros compatriotas, por representantes políticos que deberían haber velado por la democracia, pero también por el hombre de la calle: «Democracia. Es el régimen en que se le da al pueblo la ilusión intermitente de ser soberano». O también: «El Parlamento es la pista de circo de la democracia... Las promesas de los programas electorales se encuentran entre las manifestaciones más obscenas de fraude político. El candidato entregaría su alma al diablo con tal de ser elegido. Sus intentos de engatusar a la opinión pública y a los votantes son inconmensurables»; o, asimismo: «La democracia, a fin de cuentas, no puede hacer nada más que hablar. Vive de la palabra y para la palabra. Pero, en tiempos de crisis, la gente no pide que se le haga propaganda, sino que se le dé órdenes. El tiempo de la discusión inútil debe, pues, dar paso al tiempo de la obediencia».

¿Cuántas veces hemos oído, a lo largo de estos años, a esta vocecita cínica, y al mismo tiempo consoladora, susurrar estas mismas palabras a la conciencia de nuestros días más tristes, desilusionados, rendidos? ¿Y cuántas veces ese murmullo nocturno, ya sea en Italia como en otras partes, se ha convertido en una voz pública, entonada en alto y con fuerza, en la retórica oficial de líderes y movimientos políticos que, pese a moverse dentro del juego democrático, apuntaban (y apuntan) al poder haciendo ostentación de desprecio por la democracia?

Conocemos muy bien estas palabras. Casi se han convertido en la banda sonora de nuestro descorazonado presente, casi nos hemos acostumbrado a ellas. Y, sin embargo, son todas ellas de Benito Mussolini, palabras pronunciadas en los años veinte y treinta del

siglo pasado, el siglo de la lucha mortal entre la democracia y sus enemigos. Palabras que, indudable, y lamentablemente, no han dejado de hablarnos. De tentarnos. De seducirnos.

Y entonces, me preguntarán ustedes, llegados a este punto: ¿qué podemos hacer?

Mi respuesta es, al mismo tiempo, sencillísima de dar y difícilísima de poner en práctica: hay que retomar la lucha. Una vez libres de la funesta ilusión de su supuesta eternidad, debemos reapropiarnos de la historia de la democracia, volver a ser parte activa de esa historia que coincide a lo largo de su recorrido con la lucha por alcanzarla. Lucha cotidiana, interminable, inexhausta.

En otras palabras: debemos ser los herederos del antifascismo de nuestros padres y nuestros abuelos. Un legado como ese, de hecho, no es algo que nos caiga llovido del cielo, debemos ganárnoslo, merecerlo, debemos hacerlo nuestro.

Con todo, creo también que, para convertirnos en herederos del antifascismo del siglo xx , es necesario renovarlo. Hoy es posible por fin un antifascismo cívico, ya no ideológico, un antifascismo que no imponga a nadie alinearse bajo banderas de vivos colores, sino que nos invite a todos a tomar posiciones bajo la bandera de la democracia. La democracia de tradición europea, liberal, plena y completa. No existe ninguna otra. Hoy, una vez consumadas las sangrientas diatribas político-ideológicas del siglo xx , es posible por fin un antifascismo de todos, de todos los demócratas sinceros, cualquiera que sea su orientación política personal. Posible y necesario.

Un árbol de tronco alto: así es como estamos acostumbrados a concebir la democracia. La imaginamos como un roble, como un

pino, como un álamo. Por eso también tendemos a pensar que solo puede ser derribada por el hacha o por el rayo.

La democracia, por el contrario, se parece más a la planta de la vid y requiere, como la vid, cuidados constantes, hábiles, requiere amor y devoción. La vid necesita ser injertada, que la podemos, la reguemos, la protejamos de parásitos y la atemos a los soportes con manos delicadas y fuertes. Y se trata de una tarea cotidiana: la tarea de toda una vida. Solo entonces esa frágil y maravillosa planta producirá el dulce y embriagador vino de la democracia.

**Antonio Scurati, el autor del best seller internacional *M. El hijo del siglo*, analiza en este breve ensayo los mecanismos y las trampas de los populismos actuales.**



Hoy asistimos en todo el mundo a una notable y sostenida ola de líderes populistas que, como los líderes fascistas del pasado, obtienen gran parte de su poder al cuestionar la realidad, respaldar mitos, promover la ira y la paranoia y difundir mentiras. La retórica oficial de estos líderes y movimientos políticos, que, pese a moverse dentro del juego democrático desprecian la democracia, descienden consciente o inconscientemente del Mussolini que por primera vez intuyó los mecanismos de la seducción política en la sociedad de masas. Tras años entregado a un combate cuerpo a cuerpo, histórico y literario, con los protagonistas del fascismo del siglo pasado, Scurati se eleva por encima de esa materia candente y en estas

páginas identifica con precisión quirúrgica sus leyes y sus trampas. Un texto fundamental para abordar la inquieta época que vivimos.

Endebate es el hogar de aquellos textos breves que presentan una opinión, defienden una actitud o cuentan una historia, pero son más un aperitivo que un banquete, estimulan la conversación más que saciarla e inician un festín (que no clausuran). Como los mejores bocados, entran por los ojos y dejan un largo poso en el paladar

**Antonio Scurati** (Nápoles, 1969) es profesor de Literatura Contemporánea en la IULM de Milán y estuvo al frente del Centro de Estudios sobre el Lenguaje de la Guerra y la Violencia de la Universidad de Bérgamo. También colabora en prensa y es autor de varios ensayos y novelas. Con *M. El hijo del siglo* (Alfaguara, 2020), una obra que ha marcado un antes y un después en la forma en que se narra el fascismo y que dio inicio a un ciclo literario que está siendo traducido en más de cuarenta países, Scurati ha alcanzado un éxito sin igual en Italia, donde recibió el Premio Strega 2019, y el reconocimiento como uno de los mejores escritores europeos de la actualidad. Tras *M. El hombre de la providencia* (Alfaguara, 2021), ganador del Premio Europeo del Libro 2022, llega *M. Los últimos días de Europa*, el tercer volumen de un proyecto que ya forma parte de la historia de la literatura contemporánea.



Primera edición: noviembre de 2024

© 2024, Antonio Scurati

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2024, Carlos Gumpert, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19965-75-2

Compuesto en: [www.acatia.es](http://www.acatia.es)

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: debatelibros

X: @debatelibros

Instagram: @debatelibros

YouTube: penguinlibros

Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

# Índice

Fascismo y populismo

I. Fascismo

II. Populismo

III. Democracia

Sobre este libro

Sobre Antonio Scurati

Créditos